

EL AUTOR CONTEMPLA UN ATISBO DE ESPERANZA EN LAS NUEVAS GENERACIONES DE APRENDICES LITERARIOS

Afirmación sexta

Jorge RODRÍGUEZ PADRÓN

He sido profesor durante más de treinta años. Hasta que llegaron reformadores progresistas para blindar la endogamia universitaria y perpetuar su mediocridad; luego acabaron con el bachillerato, y me lo quitaron todo: «Hazte a la idea de que, de ahora en adelante, ya no eres profesor de una asignatura». Así dijeron. Y me fui. He sido profesor, pero nunca he pretendido hacer discípulos: cosa eclesial. Ni entiendo el saber como una posesión: apenas he procurado transmitir a los estudiantes mis propias preguntas y perplejidades, y -desde luego- mi entusiasmo por la literatura. Confieso también que, a lo largo de ese tiempo, y sobre todo en los últimos plazos, perdí toda esperanza de que el esfuerzo valiera la pena. Eran demasiado poderosos los reclamos que aquellos mismos reformadores propagaban: ocio despreocupado; maravilla visual de los destellos de la tecnología. Una guerra perdida, pensé.

Hace muy poco, sin embargo, he detectado voces y actitudes nuevas, y una nueva escritura que las avala. No son, precisamente, las que asoman a los medios, esas otras que se disputan la gloriola de las generaciones y las antologías. No ceso de preguntarme qué esperan algunos de tan efímero escenario. Hablo de voces que muestran inquietud de entendimiento, preocupación por la memoria, esfuerzo voluntarioso por dar espacio a su palabra. No es una posición lo que ambicionan; se reconocen dispuestos -pasión y entusiasmo imprescindibles- a comprometerse, que es una forma de entrega, de donación. En esto, como en otras muchas cosas, parecen tener las ideas muy claras; y se me revela así que lo joven sólo es nuevo cuando posee el sentido augural que debe moverlo, rebeldía verdadera (y no de uso comercial) contra el acomodo gregario. Incluso con sus errores, caídas y contradicciones, abrir brecha en los límites establecidos; aunque se arriesgue mucho. Mejor, porque se arriesga tanto.

Mi encuentro con esta gente me ha reconfortado, y reconciliado también con cuanto de ahora en adelante pueda esperar. Con esa gente sé que quien habla -como decía Gottfried Benn- no está muerto. Digo, quien es capaz de sostener un verdadero diálogo: intercambio que me hace pensar y me obliga a aguzar la palabra y a revisar mis propios criterios; con ellos cerca, o a través del demorado contacto

epistolar, comprendo que no puedo acomodarme y que debo estar alerta, arriesgar y también en el envite. La conversación puede ser larga y sin tregua, con Daniel Barreto. Él habita con descaro juicioso los bosques de la filosofía, las arduas laderas de otras literaturas, y declara, al propio tiempo, su soliviantado entusiasmo de insular que no rehúye su compromiso. Puede haber largas cartas con José Miguel Perera, enzarzados los dos en el debate de la

para despabilarme.

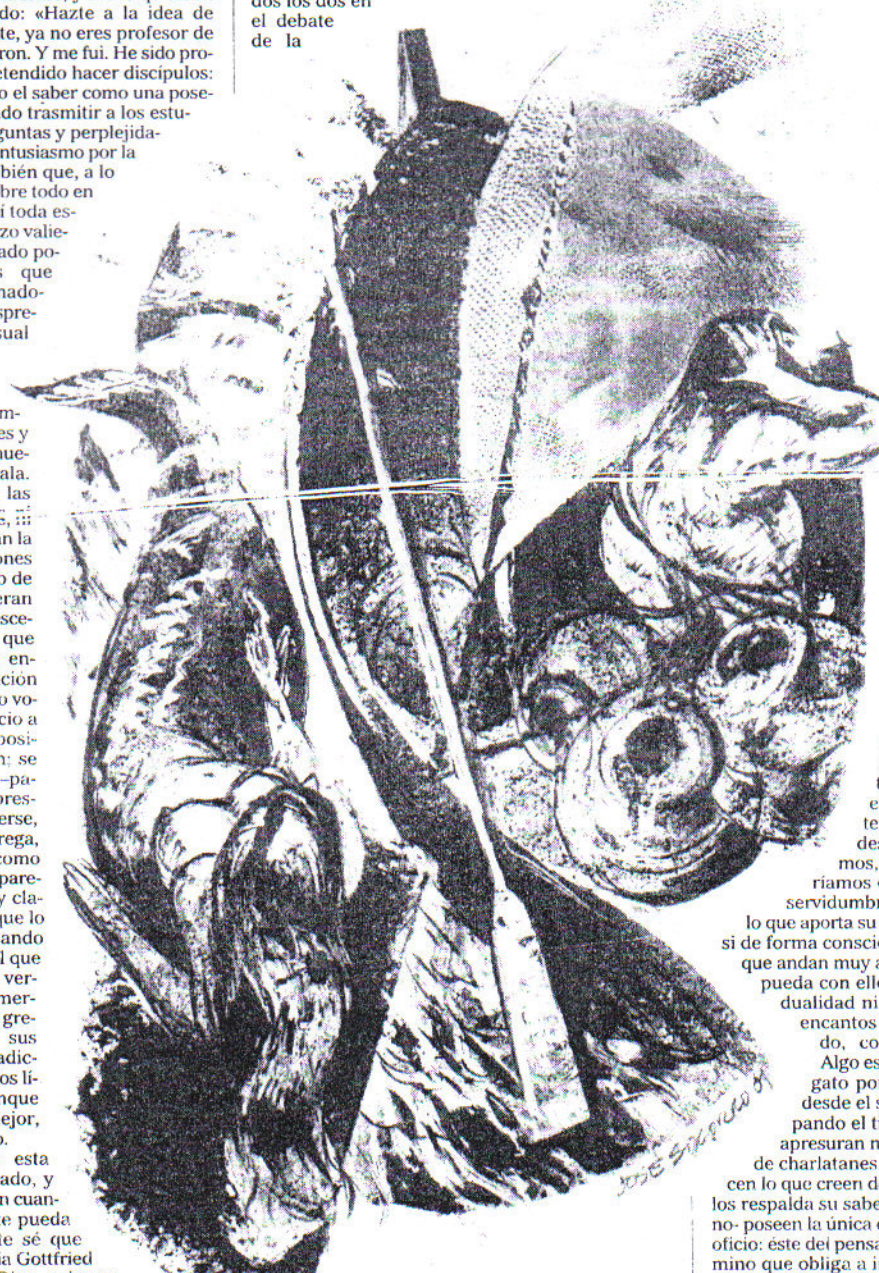
Desde su atentísimo silencio, la inteligente lectura de América que hace Nayra Pérez: coincidi-

mos en la clave femenina de aquella poesía, cuando casi nadie -allá o aquí- la entiende como necesaria. Y Yeraí Rodríguez, todo entusiasmo derrochador, se llega hasta el apacible Saulo Torón, y anda empenado en un intento de lectura distinta. En Madrid me buscó Miguel Pérez Alvarado; no sabía yo de su dedicación poética, y en su *Teoría de la luz*, por encima de la circunstancia del premio, veo que se atreve a matrimoniar un ejercicio de contemplación y conocimiento con la materia, frágil y doliente, del cuerpo, del propio cuerpo: «un ritmo germinal, aunque ignoro/ su causa y su sostén por eso duele/ cuando acaba: tornado a los desórdenes». Idéntica perplejidad de la cual Helena Tur -acampada en Valencia- ha hecho batalla sin respiro en ese campo

de maniobras, siempre sembrado de peligros, que va de la crítica del pensamiento a la reflexión sobre las formas del arte. ¿Y con qué lenguaje -me confiesa, tenaz- voy a manifestarlo? En su siempre medida distancia, Bruno Pérez observa y escucha muy atento; sagaz e insobornable, su oportuna inquisición: sólo habla cuando debe hacerlo, no quema pólvora en salvos.

Habremos de estar muy atentos a cuanto digan y escriban; error, mirarlos con desdén paternalista. Ellos son el otro que, desde dentro de nosotros mismos, nos responde; y muy mal haríamos en no ver que no es estrecha servidumbre (ni siquiera a los maestros) lo que aporta su discurso, sino madurez. No sé si de forma consciente o espontánea, pero diría que andan muy atentos para que su tiempo no pueda con ellos: ni se solazan en la individualidad ni abandonan su palabra a los encantos del poder. ¿Cambiar el mundo, como pretendimos entonces?

Algo es evidente: no habrán de dárles gato por liebre. Piensan, y lo hacen desde el silencio imprescindible y ocupando el tiempo que sea preciso. No se apresuran nunca, ni derrochan palabrería de charlatanes, como a la vista está. Sólo dicen lo que creen debe ser dicho; en cierto modo, los respalda su saber y por eso -equivocándose o no- poseen la única certeza válida en este delicado oficio: éste del pensamiento y la creación es un camino que obliga a ir llenando huecos, habitando zonas de vacío, alcanzando límites muy comprometidos, siempre conscientes; de nuestra fragilidad, de nuestras limitaciones. ¿Cómo no poner una piedra por ellos? ¶



batalla cotidiana de la literatura, o andando por revueltas de la poesía canaria que quizá él conozca mejor que yo, y me alumbr